

En efecto, otro tiroteo anunció que los aldeanos y la guardia nacional se entendían. Estas eran las detonaciones que el barón Michel había oído desde la Logerie.

—Ahora, dijo el general, saquemos todo el partido posible de esta triste jornada. Todo depende de que ese hombre sea el único sabedor del secreto: oíd, gendarme: ¿habéis notado que comunicase con alguien después de su arresto?—  
 —Nó, mi general, ni por señas, pues tenía las manos atadas.  
 —¿No le habéis observado un movimiento de cabeza, no le habéis oído pronunciar alguna palabra? Ya sabéis que con esos tunantes basta un gesto, una sílaba, para decirlo todo y comprenderse.—  
 —Nó, mi general.—Pues adelante; que coma la compañía, capitán; y dentro de un cuarto de hora emprendémos la marcha: bastan los gendarmes y la guardia nacional para mantener el orden en la población. También vendrán con nosotros los cazadores para explorar el camino.

Dicho esto, entró el general en la posada y los soldados empezaron á hacer sus preparativos de marcha.

Entretanto Juan Oullier permanecía sentado en una piedra en medio del patio, con dos gendarmes por centinelas de vista. Conservaba la impasibilidad habitual de su semblante, y con las manos agarrotadas acariciaba á su perro, el cual apoyaba la cabeza en las rodillas de su amo, lamiéndole de vez en cuando las manos para manifestarle que aun le quedaba un amigo en el infortunio. Acariciábale su amo con una pluma de pato silvestre que había recogido en el patio, y aprovechando luego un momento en que los centinelas miraban á otro lado, púsola en la boca del animal, hizole una señal de inteligencia, y levantóse diciendo en voz baja:

—Anda, León.

El perro se alejó á paso lento mirando de vez en cuando á su dueño, y sin que nadie le viera traspuso la puerta y desapareció.

—Bueno, dijo para sí Juan Oullier; ese llegará antes que nosotros.

Desgraciadamente los gendarmes no eran los únicos que vigilaban al preso.

## XIX

ASTUCIA DE JUAN OULLIER

Escasísimas son aun hoy día en la Vendée las buenas carreteras, y las pocas que cuenta se construyeron con posterioridad al año 1832, y por consiguiente á los sucesos que nos hemos propuesto relatar.

La falta de grandes vías de comunicación fué lo que más favoreció á los insurrectos en la gran guerra de la Vendée.

Digamos algo de las dos que á la sazón existían á la margen izquierda del río: la primera va de Nantes á la Rochela por Montaigu, y la segunda de Nantes á Paimbœuf costeando casi siempre la ribera del Loira. Hay además algunas carreteras de segunda clase ó trasversales, todas bastante malas, que cruzan el país desde Nantes á Beaufréau por Vallet; de Nantes á Mortagne, Cholet y Bressuire, por Clissón; de Nantes á Sables-d'Olonne, por Legé; y de Nantes á Challans, por Machecul.

Para ir de Montaigu á Machecul por esos caminos, era forzoso dar un gran rodeo, pues había que dirigirse á Legé, tomar luego el camino de Nantes á Sables-d'Olonne, seguirlo hasta su intersección con el de Challans, y después retroceder hasta Machecul. Muy bien comprendía el general que todo el éxito de la expedición dependía de su celeridad, para resignarse á hacer una marcha tan larga. Por otra parte, aquellos caminos no eran más favorables que los trasversales á las operaciones militares, pues orillados de anchas y profundas zanjas, de árboles y espesos matorrales, y encajonados casi siempre entre dos ribazos coronados de setos, eran en toda su extensión muy á propósito para las emboscadas, y las pocas ventajas que ofrecían no compensaban sus inconvenientes; así es que el general resolvió tomar el atajo que conducía por Vieilleville á Machecul y ahorraba como una legua y media de camino.

Merced al sistema de acantonamientos adoptado por el



general, los soldados estaban ya bastante familiarizados con el país y conocían muy bien sus ásperos é intrincados senderos. El capitán de la compañía de granaderos que le acompañaba sabía el camino de Montaigu hasta el riachuelo del Boulogne, y una vez llegados á este punto, como era de preveer que Juan Oullier se negaría á indicar la dirección, no por eso debía faltarles un guía enviado por Courtin, quien no se atrevió á tomar parte ostensible en la expedición.

Resignado el general á echar por el atajo, tomó precauciones para evitar una sorpresa. Hizo que precediesen á la columna dos cazadores de á caballo pistola en mano, en tanto que la flanqueaban una docena de infantes ojeando los matorrales y batiendo la espesura que orillaba la senda llegando algunas veces á dominarla. El general iba al frente de la partida, y en medio de ella Juan Oullier, maniatado y sujeto con una cincha al cuerpo de un jinete que le llevaba á la grupa, y de quien no habría podido escapar aunque hubiese logrado romper sus ataduras, yendo éste en medio de otros dos jinetes con encargo especial de vigilar al preso.

Eran poco más de las seis cuando salió la columna de Montaigu, teniendo que andar cinco leguas para llegar al castillo de Souday, y suponiendo que pudiesen hacerse en cinco horas, no estarían allí hasta las once de la noche, hora muy propicia al parecer del general, pues á ser exactos los informes de Courtin y á no engañarle sus propios presentimientos, á esta hora debían hallarse aún reunidos en el castillo los caudillos del alzamiento, por lo cual no podían menos de ser cogidos todos á la vez.

Como á media legua de Montaigu encontró la columna á una pobre vieja que oraba ante un viacrucis, y que al oír acercarse los soldados volvió la cabeza, levantóse como arras-trada por un sentimiento de curiosidad, y se aproximó al sendero para verlos desfilar; luego, cual si los bordados del general la hubiesen infundido esperanzas, empezó á murmurar una de aquellas fórmulas monótonas y gangosas con que los pordioseros imploran la caridad de sus semejantes. Ocupados con otros pensamientos, y poniéndose cada vez más sombríos conforme iba declinando el día, los oficiales y los soldados pasaron sin reparar en la anciana.

—¿No ha visto vuestro general á esa mendiga? preguntó Juan Oullier al cazador de la derecha. —¿Por qué lo preguntas? —Porque no ha aflojado el bolsillo. ¡Cuidado! quien

rechaza la mano abierta, guárdese de la cerrada. Eso os acarreará alguna desgracia. —Si hablas por tí, camarada, podría ser muy bien que no anduvieses del todo errado, pues se me antoja que tú eres quien corres mayor riesgo. —Por eso quisiera conjurarlo. —¿De qué manera? —Meted la mano en mi faltriquera y sacad un cuarto. —¿Para qué? —Para darlo á esa pobre, pues orará por mí que le habré hecho limosna y por vos que á ello me habréis ayudado.

El cazador se encogió de hombros; mas como la superstición es muy contagiosa, en especial la que tiene relación con las ideas de caridad, á pesar de burlarse el soldado de semejantes puerilidades, creyó que no debía negar á Juan Oullier un favor que debía granjear á entrambos la bendición del cielo.

En esto la columna tomaba la derecha para seguir el camino hondo de Vieillevique: el general había parado el caballo para observar el desfile y cerciorarse de que se habían cumplido sus disposiciones, y al notar la acción del soldado que conversaba con Oullier, le preguntó:

—¿Por qué dejas hablar al preso con los transeuntes?

El soldado relató al general lo que acababa de suceder.

—¡Alto! gritó el general; detened á esa mujer y registradla.

Obedeciése esta orden acto continuo, y sólo se le encontraron algunas monedas de cobre que el general examinó con sumo cuidado; pero por más que las volvió y miró, no supo encontrar en ellas ningún indicio sospechoso, y se las metió en el bolsillo, dándole en cambio una moneda de cinco francos. Juan Oullier le miraba sonriéndose con socarronería.

—Ya lo veis, buena mujer, añadió luego á media voz procurando que no perdiese ninguna de sus palabras; la limosna del pobre preso ha sido may fructífera para vos, lo cual es una razón más para que me tengáis presente en vuestras oraciones. Una docena de *Aves Marias* que intercedan pueden facilitar la salvación de un infeliz.

Al pronunciar esta última frase Juan Oullier levantó un poco más la voz.

—Buen hombre, le dijo el general, en lo sucesivo os dirigiréis á mí cuando queráis hacer limosna, y yo os encomendaré á las oraciones de los que queráis socorrer; mi mediación no puede perjudicaros en el cielo, y si ahorraros muchos disgustos en la tierra.... Vosotros, añadió luego con áspera



voz dirigiéndose á los soldados, no olvidéis mis órdenes, si no queréis que os cueste caro.

Al llegar á Vieilleville la columna hizo alto un cuarto de hora para dar un rato de descanso á los infantes. El vendeano fué colocado en medio de la partida para alejarlo de la multitud que acudía de todas partes cercando á los soldados con excesiva curiosidad.

El caballo que llevaba á Juan Oullier estaba desherrado é iba muy cansado con su doble peso; el general mandó pues reemplazarlo con el que le pareció más brioso de la escolta. Este era el caballo de un jinete de vanguardia que á pesar de los peligros que en ella corría pareció que relevaba de muy mala gana á su camarada. Era el tal un hombre bajo y fornido que nada tenía del aire truhanesco que caracterizaba á sus camaradas. En esto había ya anochecido, y al acercarse la linterna para examinar el estado de las cinchas y ataduras, los ojos de Juan Oullier se encontraron con los del soldado, y aquél notó que éste se ruborizaba al mirarle.

Por fin siguieron la marcha con mayores precauciones, pues el terreno era cada vez más frondoso y favorable á una emboscada. La inalterable jovialidad de los soldados no cesó un punto á pesar de la perspectiva del peligro que les amenazaba y de la escabrosidad de los senderos que generalmente no son más que torrenteras cubiertas de breñas, y después de un corto silencio, al cerrar la noche empezaron ya á reírse del peligro y á hablar entre sí con aquel desenfado característico del soldado francés. El cazador que llevaba á la grupa á Juan Oullier era el único que permanecía taciturno é intranquilo.

—¡Eh, Tomás! le gritó su compañero de la derecha; nunca sueles estar muy alegre que digamos; pero en verdad que hoy parece que tienes algún diablo en el cuerpo.—Si no lo tiene en el cuerpo, contestó el de la izquierda, lo lleva á la grupa, según parece.—¡Qué diantre! Figúrate, Tomás, que en lugar de llevar á la grupa á un paisano tuyo, llevas á una paisana.—¡Toma, y es verdad! replicó el segundo; tú eres medio *chuan*, Tomás.—Dí que lo es del todo; ¿caso no oye misa todos los domingos?

El aludido no tuvo tiempo para contestar á estas pullas, pues como en aquel punto el sendero era tan estrecho que no podían pasar de frente dos jinetes, el general mandó que fueran en una fila.

Durante el momento de confusión propio de esta maniobra, Juan Oullier se puso á silbar por lo bajo la canción bretona:

«Los chuanes son hombres de bien.....»

Al oír la primera nota, el jinete se estremeció á pesar suyo, y aprovechando Oullier la coyuntura de encontrarse los otros dos soldados uno delante y otro detrás de ellos; pegó los labios al oído del silencioso cazador, diciéndole:

—Por más callado que estés, Tomás Tinguy, te he conocido á primera vista, como tú á mí.

El soldado suspiró é hizo un movimiento de hombros como queriendo indicar que obraba mal de su grado, aunque no contestara.

—Tomás Tinguy, prosiguió el preso, ¿sabes á dónde vas? ¿sabes á dónde llevas al antiguo amigo de tu padre? Al saqueo y á la destrucción del castillo de Souday, cuyos dueños han sido los constantes protectores de tu familia.

Tomás Tinguy suspiró de nuevo.

—Tu padre ha muerto, añadió Juan Oullier.

El soldado no despegó los labios, pero vaciló en la silla como si le hubiese dado un vahido. Un momento después dijo con voz apagada y casi imperceptible:

—¡Muerto!—Sí, muerto; y ¿sabes quién velaba á su cabecera con tu hermana Rosina? Las dos señoritas de Souday: las pobres niñas hicieron esta caritativa acción á riesgo de su propia vida, pues tu padre fué atacado de una fiebre perniciosa; y no pudiendo prolongar su existencia, aquellos dos ángeles endulzaron sus últimos momentos. ¿Qué ha sido de tu hermana? ¿Quién le ha ofrecido un asilo? El castillo de Souday. ¡Ah, Tomás Tinguy! En verdad te digo que más quiero ser el pobre Juan Oullier á quien van á fusilar tal vez en un rincón, que aquel que le lleva atado al suplicio.—Calla, Juan, calla, repuso Tinguy con acento enternecido; no hemos llegado todavía, y.....allá veremos.

El camino por donde pasaba entonces la columna formaba en aquel paraje un declive que conducía á un vado del Boulogne. En tanto había cerrado por completo la noche; noche oscura, sin luna ni estrellas, que así podía favorecer la expedición como erizarla de graves inconvenientes en un país tan agreste y desconocido.

Al llegar á la orilla del río, encontraron á los dos batidores que se habían detenido inquietos y recelosos con la pistola amortillada. Su alarma era fundada, pues creyendo



encontrar un manantial cristalino corriendo entre los guijarros como suele verse en los parajes vadeables, tenían delante unas aguas negras y estancadas que batían sorda y acompasadamente los peñascos de la orilla. Por más que miraron en todas direcciones, el guía que Courtin había prometido enviar no parecía. El general dió una voz, y en la ribera opuesta sonó un: ¿Quién vive?

—Souday, contestó el general. —Entonces vos sois el que busco. —¿Estamos en el vado del Boulogne? —Sí. —¿Por qué están tan crecidas las aguas? —Han aumentado con las últimas lluvias. —¿De modo que no hay paso? —¡Cáspita! Nunca he visto tan crecido el río, y lo más prudente sería....

De pronto cesó de oírse la voz del guía apagándose con un sordo gemido, y luego sonó un rumor parecido á una lucha, ó al de varios hombres haciendo rodar muchos guijarros con los piés.

—¡Fuego de Dios! exclamó el general, están asesinando á nuestro guía.

Tras esas palabras oyóse un quejido.

—Monte un granadero á la grupa de cada caballo y el capitán á la del mío; los dos tenientes y el resto de la compañía que no se muevan de aquí, y que los tres cazadores no pierdan de vista al preso. ¡Pronto!

En un abrir y cerrar de ojos los diez y siete cazadores tuvieron á la grupa de sus caballos á otros tantos granaderos, en tanto que los tenientes con ochenta infantes, el preso y tres cazadores, incluso Tinguy, permanecían á la margen derecha del Boulogne. Los primeros entraron en el río precedidos por el general, y apenas llegaron á veinte pasos de la orilla, los caballos perdieron pié y empezaron á nadar hasta el ribazo opuesto, lo cual efectuaron sin contratiempo. En cuanto pisaron tierra, los infantes se apearon y el general volviendo la vista á todos lados para sondear la oscuridad les dijo:

—¿Nada veis? —Nada, mi general, respondieron á una los soldados. —Sin embargo, replicó aquel como hablando consigo mismo, aquí sonó la voz del pobre guía; registrad la maleza, pero sin alejaros demasiado: puede que demos con su cadáver.

Los soldados obedecieron y pusiéronse á ojear todos los matorrales en un radio de cincuenta metros, volviendo al cabo de un cuarto de hora sin haber descubierto cosa alguna.

y asaz desconcertados por la súbita desaparición del guía.

—¿Nada habéis encontrado? preguntó el general.

Avanzóse un granadero con un gorro de algodón en la mano.

—¿En dónde has encontrado ese gorro? preguntó el general. —Prendido de unas zarzas. —Es el gorro del guía. —¿Cómo lo sabéis? preguntó el capitán. —Los que le han atacado debían llevar sombreros, respondió el general.

El capitán no se atrevió á replicar; mas se echó de ver que la explicación de su jefe no le había convencido, y comprendiéndole éste, díjole:

—La razón es muy sencilla; los hombres que acaban de asesinar á nuestro guía nos siguen de seguro desde Montaigu con la esperanza de libertar al preso, lo cual demuestra que aquella oración era más eficaz de lo que yo creía; y esos hombres debían encontrarse en la feria, donde como lo sabéis todos llevan sombrero, mientras que el guía, por el contrario, ha sido arrancado de su cama cuando menos lo esperaba y sólo ha tenido tiempo para cubrirse con lo que primero le ha venido á mano. —¿Creéis que los *chuanes* han tenido bastante osadía para aproximárenos tanto? —Lo que creo es que nos siguen desde Montaigu y que no nos han perdido de vista ni un momento. ¡Ira de Dios! ¡Que vengan luego á quejarse de la crueldad con que se hace esta guerra! Es el único modo de combatir á esos desalmados. ¡Necio de mí. — Ahora os entiendo menos, respondió riendo el capitán. —¿Os acordáis de aquella mendiga que hemos encontrado al salir de Montaigu? —Ciertamente que sí. —Pues ella es quien nos ha proporcionado esta agradable diversión. Ya quería yo enviarla bien escoltada al pueblo, y por Dios que he hecho muy mal en no poner por obra tan buena idea, pues habría salvado la vida á ese infeliz. — ¡Vive el cielo! Ahora lo comprendo todo; esta aventura es la consecuencia de las *Ave Marias* que el preso encargó á la vieja rezase por él. —¿Y creéis que se atrevan á atacarnos? —No hubieran dejado de hacerlo si hubiesen sido bastantes para ello; pero afortunadamente no son más que cinco ó seis hombres. —¿Queréis que mande pasar el río á los que quedaron á la otra orilla, mi general? — Esperad, no nos precipitemos; los caballos han tenido que pasarlo á nado y los infantes podrían ahogarse; sin duda habrá por ahí algún vado mejor. —¿Creéislo así, general? —Estoy seguro de ello. —¿Entonces



conocéis el río?—Ni pizca.—¿Y pues?—Bien se echa de ver, capitán, que no habéis estado como yo en la gran guerra, en aquella lucha salvaje donde era preciso proceder siempre por inducción. Esos tunantes no estaban emboscados en esta parte del río cuando hemos aparecido nosotros en la otra; esto es evidente.—Para vos, mi general.—Para mí y para todos, ¡qué diantre! Si se hubiesen encontrado en esta orilla, habrían oído venir al guía y no habrían esperado nuestra llegada para asesinarle.—Es muy probable, mi general.—Por precisión han tenido que llegar al Boulogne antes que nosotros; pero el intervalo trascurrido desde nuestro alto hasta la muerte del guía, no es suficiente para que hayan vadeado muy lejos de aquí.—¿Y por qué no han podido pasar por el mismo punto que nosotros?—Porque los aldeanos, en especial los del interior, no suelen ser nadadores, y por lo tanto el vado en cuestión debe hallarse muy cerca de nosotros. ¡Ea! cuatro hombres á costear el río arriba, y otros cuatro abajo, á una distancia de quinientos pasos. ¡Pronto, pronto! No podemos morir aquí.... ¡Pues no estamos poco mojados!

Al cabo de diez minutos volvió el capitán diciendo:  
—Razón teniais, mi general: á trescientos pasos hay en medio del río un islote unido á la ribera izquierda por un árbol y á la derecha por otro.—¡Magnífico! exclamó el general; ¡teniente! subid el río hasta encontrar un árbol que lo atraviesa con su ramaje, y vigilad al preso.

Las dos partidas remontaron paralelamente el río por espacio de cinco minutos, y en cuanto llegaron al sitio indicado por el general, éste mandó hacer alto gritando:

—¡Que pasen un teniente y cuarenta hombres!  
Estos se echaron al río con agua hasta los sobacos, levantando los fusiles y cartucheras que salieron ilesos del agua. Al tocar tierra, formáronse en batalla.

—Ahora, dijo el general, que pase el preso.  
Tomás Tinguy entró en el río escoltado por los dos cazadores que custodiaban á Oullier.

—A la verdad, Tomás, le dijo éste en voz baja y con acento incisivo, yo en tu lugar temería que la sombra de mi padre se alzase ante mí con gesto irritado, por haber preferido la muerte de mi mejor amigo á desatar una mala cincha.

El cazador se pasó la mano por la frente sudorosa, estre-

mecióse y se santiguó. En esto habían llegado los tres caballos á la mitad del río, un tanto separados uno de otro.

De repente oyóse un gran ruido acompañado del resalto del agua, probando que no en vano había evocado Oullier la veneranda sombra del padre del soldado bretón.

—¡El preso se nos escapa! exclamó al momento el general con voz de trueno. Encended teas al momento, y si le veis, disparadle sin piedad. ¡Vivo, voto á bríos! Y tú, añadió dirigiéndose á Tomás que llegaba á la orilla á dos pasos del general sin hacer la menor tentativa de evasión, tú eres un traidor, y los traidores merecen este pago..... Disparóle un pistoletazo, cayendo cadáver á sus piés el pobre soldado.

## XX

¡TRAER, LEÓN, TRAER!

Comprendiendo los soldados la gravedad de la situación, obedecieron al punto la orden del general cubriendo las orillas del río, cuya corriente iluminaban con sangrientos fulgores una docena de antorchas.

Al desprenderle Tomás la cincha zambullóse Juan Oullier en el río por entre las piernas del caballo del jinete de la derecha, y si el lector extraña que el vendeano pudiera nadar con las manos atadas, diremos que confiaba de tal modo en el éxito de su elocuencia, que al paso que apuraba sus recursos oratorios para convencer á Tinguy, roía con los dientes la cuerda que le sujetaba las muñecas, de manera que como Juan Oullier tenía buena dentadura, cuando llegó la columna al Boulogne la cuerda sólo se aguantaba por un hilo, y al encontrarse en el agua, bastóle un pequeño esfuerzo para quedar con las manos sueltas. Al cabo de algunos segundos faltándole aire para respirar, se vió precisado á sacar la cabeza del agua; oyéronse en seguida diez tiros procedentes de entrambas orillas, y otras tantas balas hicieron saltar la espuma en derredor del fugitivo. Salvóse por milagro, mas no sin sentir el estridente sople de los proyectiles. Comprendiendo entonces que tentar fortuna otra vez equivalía á tentar á Dios, volvió á zambullirse por com-